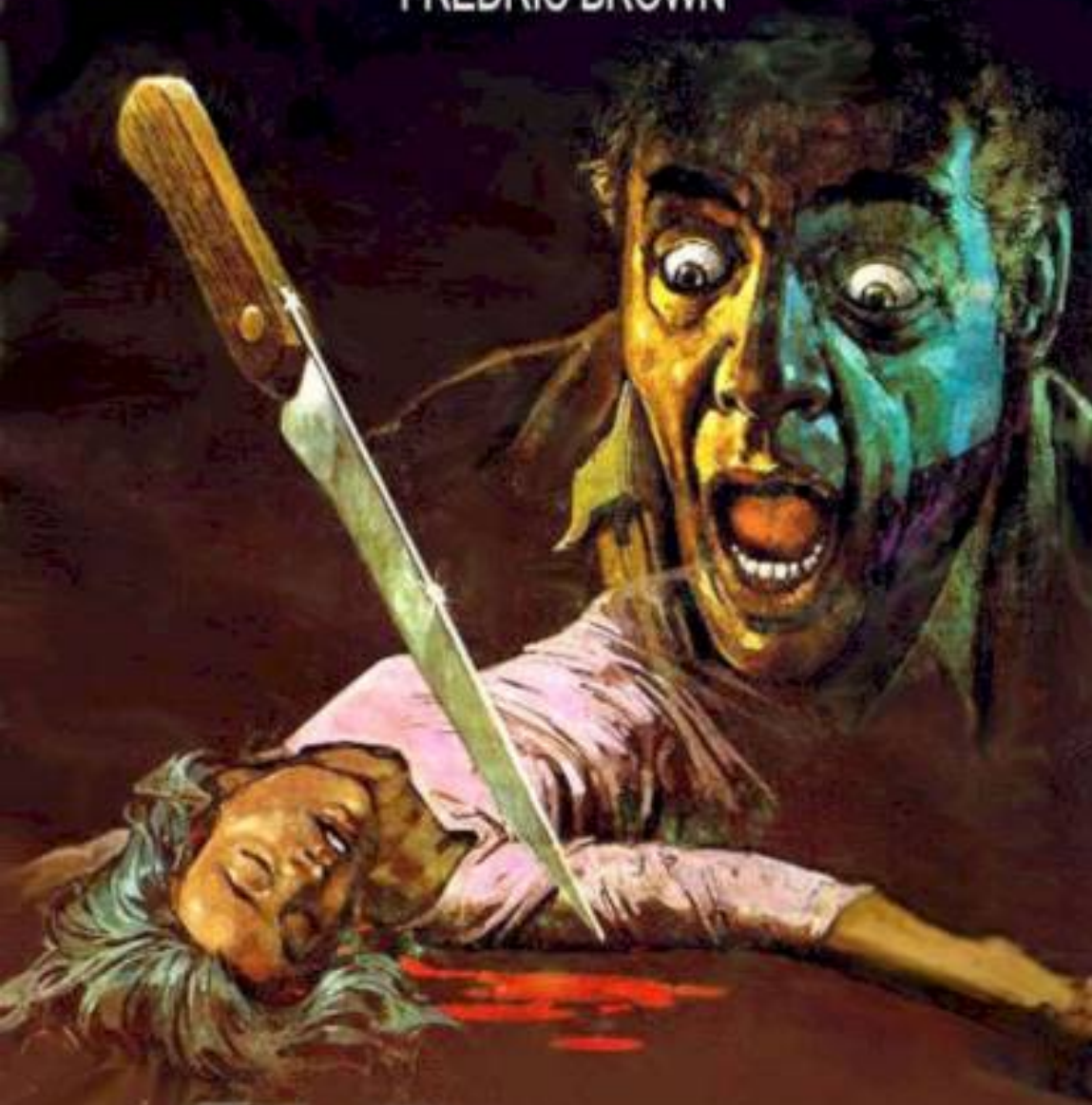


CÍRCULO DEL CRIMEN

LA CAZA DEL ASESINO

FREDRIC BROWN



En la ciudad de Chicago un maníaco homicida ha asesinado a tres jóvenes de manera brutal y está a punto de asesinar a una cuarta. El periodista William Sweeney, irlandés, borracho y testarudo, queda obsesionado por la visión de esta última víctima, salvada por la intervención de un terrible perro lobo. Sweeney emprende la búsqueda del destripador guiado por la única pista que ha encontrado: la estatuilla de una mujer gritando ante el ataque de un asesino.

REPARTO

WILLIAM SWEENEY: Periodista y protagonista de la novela.

GODFREY: Llamado GOD, un viejo vagabundo.

WALTER KREIG: Redactor jefe del *Blade*.

YOLANDA LANG: Hermosa artista del *striptease*.

DIABLO: Su perro, casi lobo.

SEÑORA RANDALL: Dueña de la pensión donde vive Sweeney.

PETE FLEMING: Policía.

JOE CAREY: Periodista del *Blade*.

KRAVICH y GUERNEY: Policías a las órdenes del capitán Bline.

CAPITÁN BLINE: Jefe de la Brigada dedicada a la captura del Destripador.

SAMMY COLE: Estafador y amante de una víctima del Destripador.

DOC GREENE: Agente artístico y psiquiatra.

RAOUL REYNARDE; Propietaria de una tienda de objetos de regalo.

RALPH BURKE: Gerente de la «Gansden Art Company».

TESS: Chica de alterne.

BURT MEAGHAN: Dueño de un bar.

WAYNE HORLICK: Periodista del *Blade*.

NICK: Gerente del *Madhouse*.

JAY EHLERS: Policía amigo de Sweeney.

HARRY YAH: Dueño de diversos garitos y del *Madhouse*.

WILLIE HARRIS: Boxeador sonado, guardaespaldas de Harry Yahn.

CHAPMAN WILSON: Escultor y pintor.

RAY LAND: Detective privado de Nueva York.

HENDERSON: Ex sheriff de Brampton.

1

Nadie sabe nunca lo que hará un irlandés borracho.

Sobre ello pueden hacerse muchas conjeturas; sí, muchísimas conjeturas.

Incluso puede hacerse una lista, según el orden de probabilidades. Las más previsibles son fáciles de adivinar: puede pedir otro trago, iniciar una pelea, pronunciar un discurso, coger el tren... La lista puede alargarse un poco más: puede comprar pintura verde, talar un álamo, bailar una danza regional, cantar «Dios salve al Rey», robar un oboe... La lista podría alargarse indefinidamente con actos cada vez menos probables, hasta llegar a la culminación de la improbabilidad: que adopte una resolución y se aferre a la misma.

Sé que esto último es increíble, pero sucedió. Un individuo llamado Sweeney lo hizo en Chicago en cierta ocasión. Tomó una resolución y tuvo que abrirse paso entre sangre y café para mantenerla, pero lo consiguió. Tal vez, según las reglas civilizadas, la resolución no fuese muy buena, mas esto no tiene nada que ver con lo que aquí interesa. De lo que se trata es que, realmente, sucedió lo que digo.

Pero ahora, como la verdad es una cosa esquivada, tenemos que dar un leve rodeo. La verdad jamás encaja por completo dentro de una pauta definida. Es como... bueno, la pauta empieza así: «un irlandés borracho, llamado Sweeney...», si es que esto significa algo. La verdad nunca es tan sencilla.

Su verdadero nombre era Sweeney, aunque sólo tenía cinco octavos de irlandés y estaba solamente tres cuartos

borracho. Naturalmente, esto se acerca tanto a la verdad como otra verdad cualquiera, y si el lector no está de acuerdo con esta declaración, mejor será que abandone la lectura de este libro. En caso contrario, quizá llegue a lamentarlo porque esta historia no es agradable. En ella se habla de asesinatos, de mujeres, de licores, de juego y hasta de prevaricación. Antes de empezar el relato propiamente dicho, ya hay un asesinato, y otro al final. En realidad, la historia empieza con una mujer desnuda y termina con otra mujer desnuda, lo cual constituye un buen principio y un final excelente; pero todo lo que sucede en medio no es agradable. No señor, no lo es. No dirá el lector que no le he advertido, y si pese a esta advertencia continúa leyendo, entonces tenemos que volver a referimos a Sweeney.

Sweeney estaba sentado en un banco del parque, aquella noche de verano, al lado de God^[1]. A Sweeney le gustaba God, aunque este gusto no fuese compartido por mucha gente. God era un individuo alto, flaco, con una barba corta, muy enmarañada y manchada de nicotina. Su nombre completo era Godfrey; he dicho su nombre completo puesto que nadie, ni siquiera Sweeney, sabía si se trataba de su nombre de pila o de su apellido. Era un poco chiflado, pero no mucho. En todo caso, como la mayoría de los tipos de su edad que viven en la parte norte de Chicago y pasan el tiempo, cuando es bueno, en la Bughouse Square. La Bughouse Square tiene otro nombre^[2], menos apropiado. Está situada entre Clark Street y Dearborn Street, justo al sur de la biblioteca Newberry; bueno, ésta es su ubicación horizontal. Verticalmente hablando, se halla más cerca del infierno que del cielo. Quiero decir que está bien alumbrada por las farolas pero muy a oscuras a causa de las sombras de los hombres derrotados que pasan en sus bancos la noche entera.

Eran las dos de la madrugada y la Bughouse Square estaba en silencio. Los oradores improvisados habían desapa-

recido, y los paseantes nocturnos, ansiosos de gozar del fresco después del calor del día, se habían metido ya en la cama. Los que quedaban dormían sobre el césped o en los bancos. Tenían fuertemente anudados los zapatos para que no se los robasen durante su sueño. En cambio, no les preocupaba en absoluto que alguien pudiera quitarles el dinero del bolsillo: allí no había dinero que robar. Por esto dormían tranquilamente.

—God —murmuró Sweeney—, me gustaría echar otro trago.

Echó su maltratado sombrero un poco más atrás de su desaliñada cabeza.

—También yo —asintió God—, pero algo menos malo.

—Sí, suele ser fatal —se quejó Sweeney.

—Cierto, Sweeney —sonrió God—, suele ser fatal.

Sacó un estropeado paquete de cigarrillos del bolsillo, le dio uno a Sweeney y encendió otro para sí.

Sweeney chupó el suyo con avidez. Después, contempló la dormida figura que roncaba en el banco que tenía delante y levantó la vista hacia la bien iluminada Clark Street. Tenía los ojos un poco borrosos por la bebida; aquellas luces tenían un halo, aunque él ya sabía que no era así en realidad. No soplabla la más leve brisa. Sentía calor y estaba sudado como el parque, como la ciudad. Se quitó el sombrero y se abanicó con él. Después, sus tres cuartos de borrachera le impulsaron a mirar fijamente aquel sombrero. Tres semanas atrás era nuevo; lo compró cuando todavía trabajaba en el *Blade*. Ahora parecía la cosa más indigna de la tierra: lo había pisado un auto, había rodado hasta una alcantarilla, y él mismo se había sentado encima, aplastándolo con el peso de su cuerpo. Sweeney se sentía en el mismo deplorable estado que su sombrero.

—¡Dios! —exclamó.

Naturalmente, no hablaba con Godfrey. En realidad, no hablaba con nadie. Volvió a cubrirse la cabeza con el sombrero.

—Ojalá pudiera dormir —añadió, poniéndose de pie—. Voy a dar una vuelta. ¿Me acompañas?

—¿Y perder el banco? —God no quería dormir sobre el césped—. No, Sweeney, procuraré dormir. Hasta la vista.

Se volvió del otro lado y descansó la cabeza en el hueco de su brazo.

Sweeney gruñó una despedida y se alejó hacia Clark Street. Trastrabillaba un poco, pero no mucho. Caminó bajo la noche, por Clark Street, hacia el sur y pasó por la Chicago Avenue. Dejó atrás varias tabernas, ansiando tener el dinero para un buen vaso.

—¡Hola, Sweeney! —le gritó un policía, al cruzarse con él.

—¡Hola, Pete! —correspondió el joven sin detenerse.

Recordó una de las teorías de Godfrey y se dijo que el viejo bribón estaba en lo cierto: es posible conseguir cualquier cosa si la deseas con tesón. Le hubiese podido sacar a Pete unas monedas o incluso un pavo, si tan grande hubiese sido su afán de beber. Tal vez mañana sí lo necesitaría por encima de todo.

Por el momento no hacía falta, aunque se sintiera como una cuerda de violín demasiado tensa. ¿Por qué no habría parado a Pete? Necesitaba un trago; necesitaba otros seis tragos, o al menos media pinta. Después, se sentiría mucho mejor y dormiría. ¿Cuándo había dormido por última vez? Trató de hacer memoria, mas estaba todo borroso en su cabeza. Fue cerca de la Huron, debajo del *El*^[3] y era de noche, pero no la noche anterior ni la otra... ¿Qué hizo ayer?

Pasó el Huron, el Erie. Pensó que si se acercaba al Loop tal vez hallaría a algunos muchachos del *Blade* en el bar de Randolph y le prestarían algo. ¿Era allí donde se había emborrachado aquella vez? ¡Maldita la niebla de su cerebro! ¿Hasta qué punto estaba bebido? ¿Hasta qué punto se hallaba en condiciones? ¿No estaría presentable en el bar de Randolph?

Buscó un escaparate que pudiera reflejarle. Lo encontró. Se contempló con detenimiento y decidió que no estaba mal, que aún no había llegado muy lejos. Tenía el sombrero abollado, no llevaba corbata y el traje estaba lleno de arrugas, cosa natural, pero... Se aproximó más al escaparate y deseó no haberlo hecho, porque desde tan cerca se vio tal como estaba en realidad. Los ojos enrojecidos, una barba al menos de tres días, posiblemente de cuatro, y la horrible suciedad del cuello de la camisa. Una semana antes era una camisa limpia. También distinguió las manchas del traje.

Apartó la vista y reanudó el paseo. Sabía que no podía presentarse ante sus antiguos camaradas del periódico en tal estado. Antes de estar tan bebido, sí, cuando todavía estaba en buenas condiciones. O quizá más adelante, cuando estuviera tan borracho que ya nada le importara. Con la convicción de que esto sucedería inevitablemente unos días más tarde, empezó a maldecir mientras andaba, odiándose, odiándolo todo y a todo el mundo por tener que odiarse a sí mismo.

Atravesó Ontario Street. En tanto caminaba, juraba en voz alta, mas sin darse cuenta de lo que hacía. Pensó: «El Gran Sweeney camina a través de la noche», y trató de desechar todos sus pensamientos, aunque sin conseguirlo. Mirarse al escaparate había sido nefasto, pero todavía era peor, reflexionando en ello, que pudiese olerse, oler el hedor que se escapaba de su cuerpo trasudado. No se había cambiado de ropa desde... ¿cuánto hacía que su patrona se había negado a darle la llave de su habitación? Ohio Street... Condenación, tenía que dejar de ir hacia el sur o pronto llegaría al Loop, de manera que torció hacia el este. ¿Adónde iba? ¡Bah, qué importaba! Tal vez andando mucho se cansaría y podría dormir. Sin embargo, era preferible no alejarse demasiado de la plaza por si sentía sueño de repente.

Diantre, haría cualquier cosa por un trago... excepto, tal como se sentía esta noche, tal como estaba, buscar a un conocido.

Alguien venía por la acera en dirección contraria. Era un muchacho muy elegante, que llevaba una llamativa chaqueta deportiva a cuadros. Sweeney apretó los puños. ¿Qué probabilidades tenía si paraba al chico, seguramente homosexual, se apoderaba de su cartera y corría hacia algún callejón? Nunca lo había intentado y sus reacciones eran muy lentas. Demasiado lentas. El mariquita, andando por el bordillo de la acera, estaba ya lejos antes de que Sweeney se decidiese.

Pasó lentamente un coche. Era de la policía, con dos agentes en su interior. Vaya, de buena se había librado. Intentó caminar en línea recta, aparentando estar sereno, mas de pronto se dio cuenta de que continuaba lanzando maldiciones. Se detuvo casi en seco. Sería espantoso que lo arrestasen ahora y que tuviera que enfrentarse con una mañana sin bebida. El coche patrulla pasó sin aflojar la marcha.

Titubeó al llegar a la esquina de la Dearborn y decidió ir hacia el norte por la State Street, de modo que anduvo una manzana hacia el este. Pasó un tranvía traqueteando, con un estruendo como si fuese el fin del mundo. Pasó también un taxi vacío, en dirección sur, y durante un segundo Sweeney pensó pararlo y bajar hacia Randolph, diciéndole luego al taxista que aguardase un momento hasta que consiguiese algún dinero. Bah, el taxi no se detendría aunque le hiciese señas, debido a su mal aspecto. Además, ya estaba lejos.

Dobló hacia el norte por la State Street. Pasó el Erie, el Huron. Se sentía mucho mejor. No demasiado, pero sí un poco. Superior Street. «Superior Sweeney», se dijo. «Sweeney andando en la noche, a través del tiempo...»

De repente se dio cuenta de la multitud agrupada delante del portal de un edificio de apartamentos, a media

manzana de distancia.

No era una multitud. Sólo una docena aproximadamente de personas, la clase de personas que pueden encontrarse en la North State Street a las dos y media de la madrugada. Estaban mirando por las puertas de cristal el vestíbulo del inmueble. Allí parecía oírse un ruido muy raro que Sweeney no consiguió situar. Era como los gruñidos de un animal.

Sweeney no apretó el paso. Probablemente se trataba de un borracho tumbado en tierra, inconsciente (o muerto), y allí estaría hasta que llegara una ambulancia a recogerlo. Posiblemente, yacía en medio de un charco de sangre, porque de no ser así no se habría reunido aquella docena de individuos a contemplarlo. Los borrachos eran algo muy corriente en aquella parte de Chicago. La idea de ver sangre no le fascinaba a Sweeney. En su época de periodista ya había visto bastante. Como la vez en que corrió detrás de los polis, hacia el salón de billares de la Townsend Street, donde los cuatro contrincantes peleaban a navajazos...

Dio un rodeo en torno al grupo sin mirar siquiera por encima de los hombros. Casi había pasado cuando le detuvieron tres cosas: dos eran sonidos y la tercera el silencio.

El silencio era el silencio de la muchedumbre... si a doce personas se las puede llamar muchedumbre, aunque se supone que sí cuando todos están apretujados delante de un portal de metro y medio de anchura. Uno de los sonidos era la sirena de un coche patrulla que se aproximaba, a menos ya de una manzana de distancia, bajando por la Chicago Avenue hacia el norte, a punto ya de doblar la esquina de la State Street. Quizá, pensó Sweeney, lo que había en el vestíbulo de aquella casa era un *corpus delicti*^[4]. Si éste era el caso, no sería inteligente alejarse de la escena de un crimen al llegar la policía.

Al momento, te cogen y te asan a preguntas. Es mejor quedarse entre el grupo y que sean los agentes quienes te ordenen largarte. Entonces, tienes derecho a hacerlo. El

otro sonido era la repetición del que oyó primero, aunque ahora lo oía con más nitidez, por encima de los murmullos de la gente y la sirena policial: era el gruñido de un perro.

Sumadas todas estas razones, nadie podía censurárselo, ¿verdad? Menos aún cuando todo le impulsaba a hacerlo: Sweeney retrocedió hasta el portal y miró a través del grupo.

No pudo ver nada, exceptuando la espalda de aquella docena de personas. Tampoco oyó nada, salvo los gruñidos del animal y el ulular de la sirena, detrás suyo. El coche patrulla doblaba ya la esquina.

Quizá fuese aquella sirena, quizá el gruñido del perro. Lo cierto fue que algunos de los que formaban el grupo empezaron a apartarse. Sweeney, entonces, divisó la puerta de cristal, y también el vestíbulo. No con mucha nitidez, porque dentro no había luz. Sólo la procedente de las farolas de la calle, que alumbraban escasamente la escena interior.

Primero divisó al perro porque estaba cerca de la puerta, mirando a la calle. ¿Un perro...? En Chicago tenía que ser un perro; de haber estado en el bosque habría podido ser en realidad un lobo, un lobo enorme y terriblemente amenazador.

Permanecía de pie, con las patas rígidas, a medio metro de la puerta, con el pelo del lomo erizado, y el belfo hacia atrás, enseñando los colmillos que parecían medir dos centímetros de longitud. Sus ojos amarillos centelleaban.

Sweeney se estremeció cuando su mirada tropezó con aquellos ojos. De repente, parecieron mirar fijamente a los suyos; ojos de color amarillo pálido, llenos de cansancio, un cansancio rojizo y legñoso.

Aquella visión, sin embargo, le serenó, obligándole a dirigir la vista al suelo del vestíbulo, detrás del perro. Era la figura de una mujer, caída boca abajo sobre la alfombra.

La palabra *figura* era la más adecuada. Sus blancos hombros resplandecían, incluso en aquella penumbra, por

encima de un vestido de noche, de seda, sin hombreras, que moldeaba las bellas curvas de su cuerpo, al menos las curvas visibles de una mujer caída boca abajo. Sweeney, al verla, contuvo su alcohólico aliento.

No podía verle el rostro, porque la rubia cabellera con una melena estilo paje quedaba hacia él, aunque estuvo seguro de que la cara era muy hermosa. Tenía que serlo. Las mujeres no poseen cuerpos tan preciosos sin unos rostros todavía mejores.

Le pareció que aún se movía. El perro volvió a gruñir, con un sonido bajo que contrastó con el chirriar de frenos del coche patrulla, al detenerse junto a la acera. Sin volverse a mirar, Sweeney oyó las portezuelas del auto al abrirse y el ruido de unos pasos. Una mano en el hombro de Sweeney le obligó a apartarse con poca amabilidad, y una voz perentoria preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Quién ha telefoneado?

La voz no se dirigía a Sweeney en particular, por lo que no respondió ni se volvió.

Nadie contestó.

Sweeney se tambaleaba un poco a causa del empujón, aunque recobró rápidamente el equilibrio. Todavía veía el interior del portal.

El agente de uniforme que estaba al lado de Sweeney llevaba ya una linterna en la mano, y con un *clic* envió un rayo de luz al vestíbulo. La luz incidió en los ojos amarillentos del animal y la cabellera rubia de la mujer; incidió en la blancura de sus hombros y en el resplandor blanco de su vestido.

El policía que sostenía la linterna silbó prolongadamente y no hizo más preguntas. Dio un paso adelante y alargó la mano hacia el pomo de la puerta.

El perro dejó de gruñir y se agazapó para saltar. El silencio del animal fue peor que sus gruñidos. El policía apartó la mano de la manija de la puerta como si estuviese al rojo vivo.

—¡Al diablo! —gritó. Se llevó una mano hacia el interior de su uniforme pero no sacó la pistola. En cambio, volvió a dirigirse al grupo de mirones—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién telefoneó? ¿Esa mujer está enferma o bebida?

Nadie contestó.

—¿Es suyo ese perro? —volvió el agente a la carga.

Nadie contestó. Al lado del agente de uniforme azul se materializó otro de traje gris.

—Tranquilo, Dave —le aconsejó—. No hay que matar a ese animal, si podemos evitarlo.

—De acuerdo —asintió Uniforme Azul—. Bien, abre la puerta y encárgate del perro mientras yo me ocupo de la dama. Aunque en realidad no es perro sino un lobo... o un demonio.

—Bueno... —rezongó Traje Gris dirigiendo la mano hacia la puerta. El perro volvió a agazaparse y enseñó los dientes. Traje Gris retiró la mano.

—¿Quién hizo la llamada? —preguntó Uniforme Azul—. Tú la recibiste.

—El que llamó dijo que había una mujer tumbada en el vestíbulo de esta casa. No habló del perro. Fue un individuo que llamó desde el bar de la esquina norte; dio su nombre.

—Dio *un nombre* —rectificó Uniforme Azul cínicamente—. Mira, si estuviese seguro de que esa individuo sólo está borracha, podríamos llamar a los de la Protectora de Animales para que se ocuparan del perro. Ellos sabrían cómo manejarlo. A mí me gustan los perros, y no quiero matar a éste. Probablemente, pertenece a la dama y piensa que la está protegiendo.

—¡Maldito lo que piensa! —rezongó Traje Gris—. ¡Claro que lo piensa! También a mí me gustan los perros, pero no juraría que éste lo sea. Bueno...

Traje Gris empezó a despojarse de la chaqueta.

—Está bien, enrollaré la chaqueta alrededor del brazo, tú abre la puerta y cuando este animal salte hacia mí, le ati-

zaré con la culata de...

—¡Un momento! ¡La mujer se ha movido!

La dama se estaba moviendo. Por fin, levantó la cabeza. Se incorporó sobre las manos con dificultad (Sweeney observó que llevaba unos guantes blancos que le llegaban a los codos), y enderezó la cabeza de manera que sus ojos quedaron iluminados por la luz de la linterna.

Su cara era maravillosa. Sus ojos miraban deslumbrados, sin ver nada.

—¡Bebida como una cuba! —comentó Uniforme Azul—. Oye, Harry, aunque sólo le pegues con la culata de la pistola podrías matar a ese chucho y quizá se armaría la mari-morena. Esa dama la armará, seguro, cuando se serene. Yo me quedaré aquí de guardia, mientras tú te largas a la comisaría y les pides que envíen aquí a los de la Protectora con una red o lo que haga falta.

Resonó un murmullo surgido de varias gargantas que hizo callar a Uniforme Azul como si alguien le hubiera puesto una mano en los labios.

Alguien dijo «sangre» en voz muy baja.

Muy débil, como entre sueños, la mujer intentaba levantarse. Consiguió ponerse de rodillas y se irguió hasta colocar rectos los brazos. El perro se movió al instante y Uniforme Azul soltó una blasfemia, sacando el arma de la pistola cuando vio que acercaba su hocico al rostro de la mujer. Pero antes de concluir aquel gesto, Uniforme Azul vio que el animal empezaba a lamer el rostro femenino con una lengua larga y roja, al tiempo que parecía llorar.

De pronto, cuando los dos policías avanzaron de nuevo hacia la puerta, el perro se agazapó y gruñó otra vez.

La mujer continuaba incorporándose. Ahora, todos veían ya la sangre, una mancha de forma oblonga en la parte delantera de su blanco vestido de noche, más arriba del abdomen. Y, a la luz de la linterna que parecía la de una batería teatral, o los focos de un «show» de horror televisivo,